

La nueva izquierda a principios de los '60: socialistas y comunistas en la revista CHÉ

María Cristina Tortti

María Cristina Tortti es Profesora de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata y miembro del Departamento de Sociología y del Centro de Estudios Socio Históricos de esa institución; calle 48, entre 6 y 7, piso 5, (1900) La Plata. Tel. 0221-4229130. E-mail: mctortti@way.com.ar

Resumen

A principios de los años sesenta, como consecuencia del impacto producido por el triunfo de la Revolución Cubana y la persistencia del peronismo en la clase obrera, la izquierda argentina vivió un intenso clima de agitación y debate. Sobre todo en los partidos Socialista y Comunista, nuevos temas se superpusieron a viejos malestares provocando el surgimiento de «cuestiones» que operarían, a partir de entonces, como puntos de ruptura entre «vieja» y «nueva» izquierda, a la vez que facilitarían el encuentro con sectores peronistas, cristianos y nacionalistas, también en proceso de radicalización. La revista *Ché*, editada durante 1960-1961 por un grupo de socialistas y comunistas, aparece como un espacio emblemático de ese intento de confluencia. La trayectoria del grupo y sus apuestas políticas permiten advertir no sólo su admiración por la Revolución Cubana sino también la fuerte expectativa que lo animaba respecto de la «revolucionarización» del peronismo y de su inminente inserción en un proyecto de corte socialista. Aun antes de que el tema de la lucha armada monopolizara los debates, en *Ché* es posible detectar las diferencias que los editores mantenían con sus respectivos partidos así como las dificultades que entrañaba la acción en común con el peronismo.

Summary

In the earliest sixties, as a consequence of the impact produced by the Cuban Revolution triumph and the persistence of the *peronismo* in the working class, the Argentinian left lived a strong atmosphere of agitation and debate. Over all, in the social and communist parties, new themes superposed to old discomforts, provoking the rise of issues that they would operate, since then, as rupture points between the old and the new left, and the same time, they would facilitate the meeting with *peronistas*, socialists and Christians sectors, also in the radicalization process. The *Ché* magazine, published by a socialist and a communist group during 1960-1961, come out as an emblematic space of the attempt of confluence. The group trajectory, and its political bets allow us to point out not only its admiration to the Cuban Revolution but also the strong expectation that enlivened in relation to the process of revolution of the peronismo and its imminent insertion into a kind of socialist project. Even before that the armed struggled monopolized the debates, in the *Ché* magazine is possible to detect the differences that editors supported with their respective parties and also the difficulties that entailed the common action with the peronismo.

Los estudios sobre la Nueva Izquierda (NI) en la Argentina se han centrado, por lo general, en el análisis del fenómeno de la violencia política y en las organizaciones político militares que operaron durante los '70, dejando en relativa oscuridad sus vínculos con el movimiento de protesta social, renovación cultural y radicalización política que se desarrollaba sostenidamente desde la década anterior, como consecuencia de la crisis económica y política que el país arrastraba desde 1955 –y cuyo dato central pasaba por la proscripción del peronismo–.

Desde nuestro punto de vista, la NI estuvo constituida por un conglomerado de fuerzas sociales y políticas que se manifestaba tanto en los estallidos sociales espontáneos como en la revuelta cultural, la militancia política, el accionar guerrillero, el sindicalismo combativo y clasista así como en agrupaciones estudiantiles, ligas agrarias o comisiones barriales (Tortti, 1999a). Por eso pensamos que para contribuir a explicar el fenómeno de la NI, es necesario orientar la atención hacia diversos espacios y grupos en los cuales, al menos desde los '60, la sociedad había comenzado a bullir y a generar «puntos de ruptura» respecto del orden social y político y de las formas tradicionales de ejercicio de la autoridad y la representación.

Una de las raíces de este proceso puede rastrearse en el campo intelectual y cultural de los '60, signado por el cruce entre tendencias modernizantes e ideas de corte revolucionario, dentro del cual ocupó un lugar destacado el tema del «compromiso» de los intelectuales que, desde la simpatía por la «causa del pueblo» evolucionaría rápidamente hacia formas de participación política directa. En dichos sectores, la amplia recepción de temas y debates en curso en el ámbito internacional se articuló con el entusiasmo despertado por el triunfo de la Revolución Cubana –y otros procesos de liberación nacional–, a la vez que se conectaron con cuestiones nacionales que, como la del peronismo, permanecían irresueltas. Como ha sido señalado (Terán, 1991), ese recorrido intelectual y político fue acompañado por un proceso de malestar que los intelectuales habrían vivido como «autoculpabilización», debido a su «histórico» alejamiento de los sectores populares.

De manera casi natural, ese malestar parece haberse convertido en crítica hacia el «reformismo» de los partidos Socialista y Comunista. Ambos partidos sufrirán ese embate crítico y, en poco tiempo, vivirán el alejamiento de los sectores juveniles más radicalizados. Pero, similares aires de renovación se respiraban también en el ámbito de otras tradiciones políticas –sobre todo en el peronismo y el nacionalismo–, confirmando así la envergadura de un proceso que conduciría a lo largo de la década a una verdadera renovación de las vanguardias y de la cultura política, lo cual a su vez contribuiría a proporcionar un horizonte radical al movimiento social.

Dentro del heterogéneo campo de la NI, uno de los espacios hasta ahora muy poco explorado, es el que corresponde a los dos principales partidos de la izquierda en la Argentina. En ellos, desde principios de los '60, se venía produciendo un intenso debate político ideológico en el que los nuevos temas se superponían a malestares

largamente arrastrados, y de donde surgirían numerosos grupos que desarrollarían «tempranas» experiencias de lo que, por entonces, ya se denominaba como «neozquierda». Aunque de vida generalmente efímera, esas experiencias permiten comprobar la presencia de una fuerte convicción política y militante que –sobre todo entre los más jóvenes– ya no encontraba cauce natural en los partidos Socialista y Comunista (PS y PC).

Ambos partidos, si bien tenían escasa relevancia en el juego político institucional y electoral, gozaban de considerable prestigio en los sectores medios de la sociedad y en sus capas intelectuales y profesionales, aunque arrastraban la carga de no haber podido superar el hiato que los separaba de los sectores populares. Después de 1955, la combatividad y radicalización de la clase obrera entusiasmó a gran parte de esa militancia de izquierda que creyó llegado el momento de producir un encuentro que proporcionara cauces políticos y organizativos a esa aguerrida masa, a la que consideraba «en disponibilidad». Los debates y experiencias de aquellos años mostrarán las dificultades que tal empresa entrañaba así como la imposibilidad del PC y el PS para renovarse. A las clásicas polémicas de la izquierda, se le agregaban ahora las complejidades que provenían del enfrentamiento chino-soviético, y sobre todo el impacto producido por la Revolución Cubana –y en general de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo–.

El proyecto del cual forma parte este trabajo se propone iniciar la reconstrucción de esos procesos con el fin de identificar las cuestiones que operaron como «puntos de ruptura» entre «vieja» y «nueva» izquierda, teniendo en cuenta que muchas veces esos mismos temas funcionaron como «puentes» que permitieron a los grupos renovadores ligarse con sectores provenientes de otras tradiciones políticas, pero también en proceso de radicalización. Las rupturas transitaron por dos andariveles principales: uno se fue afirmando en la convicción de que el camino al socialismo tenía una sola «vía», la armada; el otro, partiendo de la necesidad de acortar distancias con el movimiento popular, avanzaba en la reinterpretación del peronismo, acentuando sus potencialidades como movimiento anti-imperialista y revolucionario. Por tales razones puede afirmarse que la persistencia del peronismo en la clase obrera y el éxito de la «vía cubana» fueron la roca contra la cual se estrellaron las viejas estructuras de los partidos Socialista y Comunista, y el punto de partida de numerosos grupos radicalizados que reconfigurarían el mapa político de la izquierda en la Argentina.

Los partidos Socialista y Comunista

Hacia fines de los años '50 en diversos sectores de la izquierda crecía la convicción de que la izquierda en la Argentina había fracasado, y que la actitud asumida desde 1945 por los partidos Socialista y Comunista ante el peronismo era la manifestación más clara –aunque no la única– de su incapacidad para vincularse con la clase obrera y hacerse cargo de la «cuestión nacional». Para muchos militantes, el recuerdo de la

Unión Democrática se volvía insoportable y reclamaba una profunda autocrítica así como una no menos profunda rectificación de la línea política. Ello fue particularmente agudo en las filas socialistas en virtud de la actitud de colaboración asumida por la dirigencia frente al golpe de estado de 1955 y del papel cumplido por muchos socialistas –y sus «gremios democráticos»– en el hostigamiento al mayoritario sindicalismo peronista, fuertemente reprimido por los gobiernos militares (Cavarozzi, 1979; James, 1990; Godio, 1991). A mediados de 1958, el profundo malestar que recorría al socialismo estalló en el Congreso realizado en Rosario y culminó con la división del partido en «Democrático» (PSD) y «Argentino» (PSA). Al PSA se integraron los sectores juveniles y críticos así como algunos dirigentes «históricos», tales como Alfredo Palacios y Alicia Moreau de Justo (Blanco, 2000).

El PC, por su parte, si bien se diferenció de esa actitud y llamó insistentemente al «trabajo unitario» con los peronistas en el movimiento sindical –y participó activamente en la creación de la Comisión Intersindical y de las «62 Organizaciones»–, confiaba en que en las nuevas condiciones políticas se produciría la «desperonización» de la clase obrera que, entonces, afluiría a sus filas. Pero el PC no se mostraba dispuesto a una revisión a fondo de la línea política que no le había permitido conquistar a la clase obrera de la que, sin embargo, seguía considerándose su «vanguardia».

Sin embargo, ni la colaboración de los socialistas con los «libertadores» ni la línea del «trabajo unitario» de los comunistas, produjeron los frutos esperados por sus impulsores. Por el contrario, en la nueva situación los trabajadores reafirmaron su identidad política imprimiéndole, además, un fuerte tono opositor y combativo que obligó al régimen militar a apresurar la salida electoral y a buscar alguna «fórmula» que permitiera resolver el «problema del peronismo».¹

Cuando se anunció el llamado a elecciones presidenciales de 1958, el PC como gran parte de la opinión de izquierda y del peronismo se volcó en favor del candidato de la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), que prometía una salida «nacional y popular» para modernizar al país, superar el atraso económico y acabar con la proscripción del peronismo. El PC se entusiasmó con Frondizi ya que veía importantes coincidencias entre el proyecto de la UCRI y su propia propuesta programática para la «etapa nacional y democrática» que –como todo país dependiente– la Argentina debía completar, antes de poder plantearse el tránsito al socialismo (Tortti, 1999b). Por su parte, el PS –aún unificado– concurrió presentando su propia fórmula: «A. Palacios-C. Sánchez Viamonte», si bien el proyecto frondizista no dejaba de despertar expectativas favorables en algunos de sus sectores más jóvenes (Blanco, 2000).

¹ C. Smulovitz, *En busca de la fórmula perdida: Argentina 1955-1966*, Documentos CEDES/51, CEDES, 1990. Según la autora, a partir de 1955 se intentaron diversas «fórmulas» políticas tendientes a

resolver la «cuestión del peronismo»: desde la proscripción total hasta diversas formas de «integración» y participación electoral condicionadas.

Pero la sensación optimista que había rodeado las elecciones del 23 de febrero de 1958, se desvaneció rápidamente. Y si bien inicialmente Frondizi tomó algunas medidas que parecían cumplir con sus promesas electorales,² a poco de andar abandonó las consignas anti-imperialistas, reprimió duramente al movimiento obrero, mantuvo las medidas proscriptivas hacia el peronismo y precipitó un agudo conflicto con las universidades. Este conjunto de medidas le alienaron la simpatía que había despertado en los sectores medios y en la izquierda, y provocaron su ruptura con el peronismo. Hasta en las mismas filas de la UCRI se produjeron fuertes disidencias que llevaron a algunos de sus dirigentes e intelectuales a la oposición.³

La decepción con el «frondizismo» produjo, entre otros efectos, que muchos sectores de izquierda comenzaran a descreer de la posibilidad de realizar la «revolución democrática» y de contar para ello con sectores de la «burguesía nacional», tal como sostenía el PC: para ellos, la «traición» de Frondizi demostraba el error insalvable de esa línea política. Muchos iniciaron entonces un sostenido viraje hacia horizontes más radicales, alentados además por el auge de los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo –en particular por el triunfo de la Revolución Cubana–, y el PC comenzó a ser duramente criticado bajo la acusación de no ser un partido «verdaderamente revolucionario».⁴

Además, muchos jóvenes socialistas y comunistas –así como otros no encuadrados en esos partidos– tuvieron un contacto directo con la experiencia cubana, en virtud de su participación en brigadas de apoyo o en grupos que viajaban a la isla para hacer trabajo voluntario. A partir de entonces, el entusiasmo pro-cubano comenzó a actuar como amalgama para todos aquellos que desde la izquierda, el peronismo o el nacionalismo, veían posibilidades ciertas de hallar una fórmula que permitiera conjugar socialismo, nacionalismo y peronismo e iniciar un proceso revolucionario en la Argentina. Mientras que, en sus respectivos partidos, y pese a las declaraciones de apoyo y solidaridad, las posiciones respecto de Cuba solían ser más cautelosas o ambiguas (Torrti, 1999b; Blanco, 2000).

En las filas del Socialismo Argentino este debate se manifestó tempranamente y de manera abierta, como continuación casi natural de los conflictos que habían llevado a la división en 1958. Es que pese a haberse separado del «gholdismo», el PSA era una fuerza heterogénea, integrada tanto por grupos fuertemente radicalizados como por otros de orientación más tradicional, hasta que a fines de 1961 se produjo una nueva división de la cual emergería el Partido Socialista Argentino de Vanguardia

² Entre dichas medidas: sanción de una ley de amnistía, aumento salarial del 60%, anulación del decreto que prohibía el uso de los símbolos peronistas, aprobación de una Ley de Asociaciones Profesionales acorde con los criterios del sindicalismo peronista.

³ De entre ellos surgieron grupos como el Movimiento de Liberación Nacional (orientado por Ismael Viñas), que adoptaría posiciones de «neoizquierda», así como otros que, reivindicando el «Programa de Avellaneda», constituyeron agrupaciones como el Movimiento

Nacional y Popular, y otras, que tendían a coincidir con el PC. Ver: E. Rosenkrantz, «Rebelión en la UCRI», y J. Greco, «Quiénes son y qué quieren», en: *Ché*, N° 7, 02/02/1961; también: «Opiniones», en: *Ché*, N° 20, 11/08/1961.

⁴ El contenido y tono de las críticas al PC pueden apreciarse en C. Strasser, *Las izquierdas en el proceso político argentino*, Palestra, 1959.

(PSAV) –que a su vez volvería a fragmentarse en muy corto tiempo–.⁵

En el PC en cambio, el monolitismo de la organización y la férrea disciplina impuesta por su dirección, impidieron que el debate se manifestara abiertamente, y en consecuencia, la disidencia discurrió por canales subterráneos. Sobre todo en los «frentes» cultural y universitario, y sin romper con el partido, algunos grupos comenzaron a contactarse de manera clandestina y a trazar planes tendientes a producir una renovación que dotara al partido de una estrategia revolucionaria. En muchos casos, dichos grupos, también mantenían contactos con grupos socialistas, trotskistas o peronistas que –como ellos– se radicalizaban, ligados por el fervor pro-cubano. Si bien durante estos primeros años el PC evitó la división, el disconformismo comenzó a traducirse en un apreciable desgranamiento de su militancia más joven, tal como ocurrió a partir de los años 1962-63 con los grupos de Pasado y Presente, La Rosa Blindada, Vanguardia Revolucionaria (Tortti, 1999b; Kohan, 1999), o los que actuaron como «grupos de apoyo urbano» –o directamente se incorporaron– al Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), núcleo guerrillero instalado por J.R. Masetti en Salta, y directamente vinculado a la estrategia continental del Che Guevara.⁶

La revista *Ché*

Pero un poco antes de que estos desgranamientos y divisiones comenzaran a acelerarse y, en muchos casos, a orientarse hacia la lucha armada, se desarrollaron algunas experiencias que resultan ilustrativas del clima que se vivía en algunos sectores de los partidos Comunista y Socialista, y del cambio de óptica desde el cual analizaban la situación nacional. Una de esas experiencias fue la desarrollada por socialistas y comunistas a lo largo de 1961 en torno de la revista *Ché*.

La revista comenzó a ser publicada en octubre de 1960 motorizada por un grupo de socialistas argentinos que abrazaron ardientemente la causa de la Revolución Cubana y estaban decididos a trabajar por la constitución de un movimiento revolucionario latinoamericano que, según pensaban, en la Argentina debía conjugar socialismo y peronismo.

⁵ A mediados de 1961 existían el PSA-Secretaría Visconti o PSA «Casa del Pueblo» y el PSA-Secretaría Tieffenberg, de cuyas filas nacería poco después el PSA de Vanguardia, que a su vez entraría en un acelerado proceso de divisiones dando lugar a Vanguardia Comunista, Vanguardia Popular y Partido del Trabajo. Ha de recordarse que además existía, desde 1958, el Partido Socialista Democrático que concentraba al «tronco tradicional» del viejo partido.

⁶ Entrevista realizada por la autora a J.C. Asinsten, junio 1999. El entrevistado, que fuera militante de la Federación Juvenil y del Partido Comunista en Córdoba, hace referencia a las disidencias

protagonizadas a comienzos de los '60 por el «grupo de Córdoba» y el «grupo de Buenos Aires», aludiendo así a los «gramscianos» que conformaron el grupo de «Pasado y Presente» y fueron expulsados del Partido. Agrega que ellos, y otros grupos con los que estaban conectados –o sobre los que tenían alguna influencia– simpatizaron con el Ejército Guerrillero del Pueblo. Y que algunos cordobeses, entre los que estaban «los hermanos Jouvé», se incorporaron al foco. Por otra parte, G. Rot, en *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina* (Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2000) menciona a doce miembros del EGP que eran, o habían sido, militantes del PC.

Dentro de ese proyecto, el propósito de *Ché* –que nunca fue un órgano oficial del PSA y reunía a intelectuales de diversos orígenes políticos– apuntaba a «crear un área de acuerdos para los debates de la izquierda» que, por entonces, había perdido muchas de sus certezas y se encontraba fuertemente agitada por dos cuestiones: la actitud a asumir frente al peronismo y el impactante hecho del triunfo –y el rumbo asumido– por la Revolución Cubana.⁷ Las expectativas de este grupo estaban puestas en incidir tanto en la reorientación y reagrupamiento de la izquierda argentina como en el desarrollo revolucionario del peronismo, esperanza que era compartida entre otros por J.W. Cooke –por entonces en Cuba–, con quien los miembros del grupo editor de *Ché* mantenían fluido contacto.⁸

El grupo original estaba compuesto, entre otros, por Pablo Giussani (director), Franco Moggi (secretario de redacción), Abel A. Latendorf, Manuel Dobarro, Enrique Hidalgo, Susana Lugones, Francisco Urondo, Julia Constenla, Hugo Gambini, Oscar Goutman, Alberto Ciria, Víctor Torres, David Viñas, Carlos Barbé y Ricardo Moners Sans, entre otros.⁹ Además, entre quienes hacían el humor gráfico, puede mencionarse a Gius (Eduardo Galeano), Copi y Quino.¹⁰ La revista aspiraba a «llegar al progresismo» que, en palabras de A.A. Latendorf, incluía a «gran parte de la juventud universitaria y de la intelectualidad y a los sectores más esclarecidos del sindicalismo», con quienes tenían frecuente y estrecho contacto.¹¹

Con el fin de mantener la independencia de su proyecto innovador, el mismo grupo editor se hizo cargo del financiamiento de la revista, lo cual en más de una ocasión los enfrentó con serias dificultades económicas.¹²

El primer número de *Ché* apareció en octubre de 1960, y después del N° 6 la publicación debió interrumpirse a raíz de los mencionados problemas financieros. En ese momento el PC manifestó su interés por participar en la revista, aportando

⁷ Entrevista a Julia Constenla, realizada por la autora, octubre, 2000.

⁸ Entrevista a Juan C. Portantiero, realizada por la autora, junio 1999. El entrevistado sostiene que por entonces, para algunos grupos que militaban en el PC –sobre todo jóvenes intelectuales– J.W. Cooke era la figura «más interesante dentro del peronismo» mientras que, en la dirección partidaria, provocaba cierta desconfianza debido a sus posiciones «ultraizquierdistas». Enrique Dratman, en entrevista realizada por la autora a mediados de 1999, confirma las malas relaciones que existían «entre el PC y el peronismo de izquierda y Cooke».

⁹ Varios de ellos, como C. Barbé o D. Viñas, provenían de la UCR1 o de grupos que habían simpatizado con la propuesta de Frondizi, de quien se alejaron a partir de lo que juzgaron como «traición» a su programa original. Uno de los hitos en esa ruptura fue el conflicto universitario «laica-libre» de 1958. Por entonces, Carlos Barbé era presidente de la Federación Universitaria Argentina.

¹⁰ Entrevista a Abel A. Latendorf, realizada por la autora, octubre, 2000.

¹¹ A.A. Latendorf, entrevista ya mencionada. Además, el entrevistado hace notar el carácter innovador de la revista señalando los «juegos de palabras en los títulos, al estilo de lo que hoy hace *Página/12*» así como el alto nivel profesional de quienes en ella escribían. Efectivamente, además de las notas de carácter político, *Ché* contenía secciones referidas al movimiento cultural de la época, humor, cartas de lectores, etc. Si bien no existen trabajos dedicados a *Ché*, una referencia del periodista Carlos Ulanovsky confirma esa opinión: «...la revista *Ché*, precursora del moderno periodismo en la Argentina...», en: A. García y M. Fernández Vidal, *Pirí*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1995.

¹² Constenla y Latendorf, en las entrevistas ya mencionadas, hacen referencia a las dificultades económicas y recuerdan que P. Giussani hipotecó –y luego perdió– su casa con el fin de reunir fondos para continuar con la edición de *Ché*. Por otra parte, en varios números de la revista se mencionan los problemas económicos y se pide colaboración a los lectores (mediante suscripciones u otro tipo de iniciativas que ayuden a sostener la revista). Ver también: *Ché*, N° 3, 7 y 25, entre otros.

fondos e incorporando a algunos de sus militantes al grupo editor. De esta manera ingresaron Juan C. Portantiero e Isidoro Gilbert –por entonces corresponsal de la Agencia Checoslovaca de Noticias–. Cuando a partir del N° 7 Ché vuelve a editarse, será ya un proyecto compartido entre socialistas y comunistas, y aunque el hecho no fue explicitado en las páginas de la revista,¹³ a partir del N° 10, J.C. Portantiero es mencionado como miembro de la redacción.

La responsabilidad política por parte del grupo comunista era ejercida por Héctor P. Agosti, responsable a su vez del «frente cultural» del PC. En ese sector del comunismo argentino existía una actitud considerablemente más abierta –desde el punto de vista intelectual y político– que en el resto de los organismos partidarios, y muchos jóvenes militantes encontraban en Agosti a un estimulante interlocutor.¹⁴ Así mientras los principales dirigentes del PCA desechaban como «verbalismo revolucionario» a todo aquello que cuestionara su ortodoxia, el núcleo que rodeaba a Agosti observaba con interés los debates y reagrupamientos políticos que se estaban produciendo en la izquierda, y en particular los que se desarrollaban en el «ala izquierda» del PSA. Este matiz diferencial dentro del comunismo argentino puede apreciarse en la edición N° 50 de su revista Cuadernos de Cultura, si se compara el artículo de Ernesto Giúdice –fuertemente condenatorio hacia la «neoizquierda»– con el de J.C. Portantiero, que sin abandonar la línea partidaria, aparece cruzado por expectativas favorables ante el entusiasmo político que observaba en el campo de la izquierda, en particular entre los socialistas argentinos y los ex-frondizistas radicalizados –con quienes coincidiría luego en el proyecto de Ché–.¹⁵

Según A.A. Latendorf, el apoyo que el PCA brindó a Ché era parte de una estrategia política de los comunistas «ante el espectacular crecimiento» que en muy poco tiempo había experimentado el PSA.¹⁶ De acuerdo con este testimonio, si bien la relación entre el grupo socialista original y el PC «era cordial», nunca habría sido «demasiado buena, salvo con Agosti», a quien considera «una excepción dentro de ese partido».

Esta primera exploración que aquí presentamos tiene como objetivo registrar los temas a través de los cuales estos dos grupos, que convivían conflictivamente dentro

¹³ Entrevista a Juan Carlos Portantiero, ya mencionada. También Constenla y Latendorf se refieren al tema. La primera señala, además, que el grupo «original» evitó que el aporte comunista fuera superior al capital aportado por los socialistas con el fin de eludir una eventual supremacía comunista en la revista.

¹⁴ Esta opinión sobre H. P. Agosti es reiterada por muchos militantes y ex militantes que trabajaron con él, entre ellos José Aricó, en diversos reportajes y testimonios, y J.C. Portantiero, entrevista citada.

¹⁵ *Cuadernos de Cultura*, N° 50, diciembre, 1960. Comparando «Neocapitalismo, neosocialismo y neomarxismo», de E. Giúdice, con «Algunas variantes de la neoizquierda», de J.C. Portantiero, podrán observarse las diferencias. El segundo destaca los elementos

positivos y aprovechables –dentro de una política revolucionaria– de la radicalización de los sectores medios y propicia una política de unidad.

¹⁶ Ese crecimiento del PSA se dio sobre todo por la incorporación de un número importante de jóvenes políticamente activados y fuertemente influidos por la movilización obrera, la decepción con el gobierno de Frondizi y el éxito de la Revolución Cubana. Elisa Rando –entonces dirigente del PSA de la capital y miembro de su Comité Nacional–, en entrevista realizada por la autora en marzo de 2001, sostiene que «el frondizismo y el socialismo eran lo más dinámico de época», y que la afluencia de jóvenes al PSA era parte del «fenómeno cubano que estaba en el socialismo y en la sociedad».

de sus respectivos partidos, intentaron construir una perspectiva común entre los años 1960 y 1961. Ché aparece entonces como un espacio emblemático tanto de las posibilidades como de las limitaciones que entrañaba el diseño de una estrategia revolucionaria en la Argentina, aun antes de que el tema de la lucha armada monopolizara los debates.

Los temas y las apuestas de *Ché*

Si algo caracteriza a Ché es su tono marcadamente «cubanista» y «anti-imperialista» así como el estilo osado y desafiante con que analizaba la situación nacional e internacional y enfrentaba a la dirigencia política –incluida la de izquierda–. Hay en sus páginas una persistente denuncia de las «traiciones» del frondismo y de su tensa connivencia con los «factores de poder» –en particular con las Fuerzas Armadas–, de su política económica –sobre todo la petrolera–, y de su acelerado deslizamiento represivo.

Por otra parte, extensas notas hacen la crónica de la conflictividad social en el interior del país, particularmente en Tucumán donde la situación de cañeros y obreros es presentada como contracara de la reforma agraria cubana.¹⁷ El espacio dedicado al movimiento huelguístico –sobre todo el protagonizado por los obreros ferroviarios– va de la mano del atento seguimiento de las disputas entre «conciliadores» y «duros» en el sindicalismo peronista, emblemáticos en las figura de E. Cardoso, por un lado, y S. Borro o J. Di Pascuale, por el otro.¹⁸ A la vez, la línea de los «duros» es el hilo que les permite seguir la situación interna del peronismo y tomar posición por aquellos con quienes, teniendo ya importantes coincidencias, esperan converger en un gran movimiento político «popular y revolucionario». Por otra parte, la presencia permanente de artículos referidos a los movimientos de liberación nacional y a los procesos revolucionarios en curso en América Latina, Asia y África, son expresivos del horizonte dentro del cual se inscribe Ché. Sin embargo, y si bien consideraban que con Cuba había comenzado la «revolución» en América Latina, la revista no aparece propugnando la adopción lisa y llana de su estrategia en la Argentina, debido a las

¹⁷ *Ché*, Nº 16, 17 y 23 («Huracán sobre el azúcar tucumano», «Pequeña crónica de la Marcha del Hambre», «Cuba con ojos de cañero tucumano»).

¹⁸ *Ché*, Nº 7, 9, 13, 22, 24 y 25. Se trata de importantes dirigentes de los principales y combativos gremios que protagonizaron el pico huelguístico de 1959, con su secuela de despidos, «listas negras» y persecuciones: S. Borro (gremio de la carne), J. Di Pascuale (farmacia), A. Framini (textil). A.A. Latendorf, en entrevista ya mencionada, informa que él y otros jóvenes socialistas argentinos, participaron de la «toma» del Frigorífico Lisandro de la Torre, en 1959, y que dicha participación no se dio a título individual sino dentro de posiciones que el PSA sustentaba. Según D. James, luego de esa experiencia, el núcleo de dirigentes peronistas más ligados a la «resistencia»,

comenzó a sufrir signos de debilitamiento y en algunos casos sus listas perdieron las elecciones gremiales, a la par que se fortalecían otros líderes sindicales más «pragmáticos» –como E. Cardozo, también del gremio de la carne–. A partir de una reunión nacional de las «62 Organizaciones» en mayo de 1960, E. Cardozo se convirtió en una especie de emblema de la «conciliación», frente a la línea «dura», al sostener que la clase obrera debía variar su estrategia y adoptar el camino legal y evolucionista, en lugar de insistir en una de carácter revolucionario. Esta posición le valió la expulsión del peronismo y de las «62» hacia mediados de ese año, pese a que, según hace notar James, días antes su gremio se había negado a aceptarle la renuncia. Ver: D. James, *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana, 1988, caps. 5 y 6.

peculiaridades de su desarrollo y a la importancia de su movimiento obrero.¹⁹

Entre los varios ejes que pueden elegirse para entender el proyecto y la evolución política de este grupo, resulta especialmente interesante el seguimiento del proceso vivido en torno a la candidatura y elección de A. Palacios como senador por la Capital, en 1961. Este episodio permite apreciar la convicción de Ché de que, si se ofrecía una opción adecuada, era posible volcar hacia la izquierda al peronismo y a los sectores medios, y que dentro de una estrategia socialista, no era desdeñable el recurso electoral en un país que, como Argentina, contaba con un poderoso movimiento de masas.

La candidatura de Palacios y el «electorado vacante»

Sobre el fondo de la agitación obrera, la represión gubernamental y la avalancha del voto en blanco en los comicios de marzo de 1960 –que sellaron la ruptura del peronismo con Frondizi–,²⁰ la revista trabajará intensamente en vistas a las próximas elecciones para elegir un senador por la Capital Federal, en febrero de 1961. Creían que era posible enfrentar unificadamente a la derecha utilizando la estructura legal del PSA y presentando un candidato socialista que, a la vez, pudiera concitar apoyos extrapartidarios y captar al «electorado vacante» por la proscripción de peronistas y comunistas. Consideraban, que esa elección podía ser el punto de partida para un nuevo «nucleamiento popular», y que además funcionaría como un verdadero «test» de la política nacional ya que los resultados electorales le mostrarían al gobierno el total descrédito en que había caído, y a Perón, el «verdadero panorama de fuerzas existente en su movimiento», que a juicio de la revista se orientaba claramente hacia la izquierda.²¹ Así es como cuando en febrero de 1961 Ché vuelve a aparecer –superado el problema económico con la participación y el aporte del PC–, está totalmente lanzada a hacer campaña por A. Palacios, ya consagrado candidato a senador por el Socialismo Argentino. La foto del viejo dirigente ocupa la tapa del número 7 de la revista que, en sus páginas interiores, presenta un extenso reportaje en el que el candidato exalta a Cuba por su política anti-imperialista y revolucionaria, y señala a la reforma agraria como el camino inevitable para todo país que aspire a superar el «subdesarrollo». En la misma entrevista, Palacios presenta al gobierno de Frondizi como lo opuesto a una verdadera política «nacional» e insiste en la necesidad de rescindir los contratos

¹⁹ A.A. Latendorf, en entrevista ya mencionada, afirma que ellos, en el PSA, pensaban que debían atenderse las peculiaridades de la Argentina, y que en consecuencia, era «inevitable» que la revolución atravesara «una etapa de alianza con el peronismo, con el movimiento sindical», y que se constituyera un «movimiento o frente», y que así entendían la «consigna del frente obrero».

²⁰ Los votos en blanco, en esas elecciones legislativas, fueron 2.080.000; los de la UCRP, 2.058.000; los de la UCRI, 1.731.000; y PSD y PSA sumados, 693.000, según se informa en la revista comunista *Nueva Era*, N° 3, abril, 1960.

²¹ C. Barbé, «Hay que poner un senador en órbita», *Ché*, N° 4, 25/10/1960.

petroleros recientemente firmados con empresas extranjeras.²² Con argumentos similares, en el mismo número de *Ché*, R. Ghioldi explicita las razones por las cuales el PC ha decidido dar su apoyo al candidato del PSA, destacando sobre todo el compromiso de A. Palacios con «la sagrada causa de la revolución cubana».²³

En cuanto al panorama existente en el peronismo –elemento clave en la compulsa electoral que se avecina–, *Ché* lo presenta como confuso y bordeando los riesgos de la fractura por cuanto, mientras las «62 Organizaciones» parecían inclinarse por el voto en blanco, Perón ordenaba apoyar al neoperonista «Resistencia Popular» y a su candidato Damonte Taborda, sobre quien pesaban sospechas de «entendimiento» con el frondizismo. *Ché* sintetiza su perspectiva en el titular de ese mismo N° 7: «El peronismo: una encrucijada».²⁴ Resulta evidente que, en la resolución de esa encrucijada, el grupo cifraba buena parte de sus expectativas políticas ya que esperaba captar el voto peronista en esas elecciones. Según testimonios actuales de algunos integrantes del staff de la revista, dirigentes sindicales como J. Di Pascuale y S. Borro habrían «volcado» una porción importante del voto peronista hacia el Socialismo Argentino, haciendo posible el triunfo de Palacios. Esos mismos testimonios hacen notar que en aquel momento –y para el proyecto político que *Ché* impulsaba– Palacios era el único candidato posible pues aunaba considerable prestigio en los sectores populares y compromiso con la Revolución Cubana.²⁵ Sin embargo a ellos –«los jóvenes iracundos» del Socialismo Argentino– su figura no dejaba de despertarles cierta desconfianza.²⁶

Euforia por el triunfo de Palacios: Argentina rumbo a la izquierda

Como signo del clima que envolvía al grupo que editaba la revista, el número posterior al triunfo de Palacios en la Capital llevó en su portada el título de la nota central «Cuba plebiscitada en Buenos Aires» –escrita por A.A. Latendorf– junto con un enorme retrato de Fidel Castro. Pero a la vez, en ese mismo número se hacía pública una advertencia dirigida al flamante senador: «Cuidado con los caballeros, Dr. Palacios»,

²² «Candidatos al natural. Alfredo Palacios, volver a empezar», *Ché*, N° 7, 02/02/1961.

²³ Rodolfo Ghioldi «Votar por una voz a favor de Cuba», *Ché*, N° 7, 02/02/1961. En esas elecciones, en las que además se disputaba una banca de diputado, el PC no apoyó la fórmula completa del PSA sino solamente la candidatura de Palacios. Para diputado apoyó al candidato del Movimiento Popular Argentino, A. Borthagaray –que era un disidente de la UCRI–.

²⁴ *Ché*, N° 7, 02/02/1961 (tapa y nota interior). Además de la opción del voto en blanco, en el peronismo estaban en discusión otras candidaturas –que disputaban entre sí el apoyo de Perón–, tales como las de Damonte Taborda (Resistencia Popular) y la de A. Jauretche (Laborismo).

²⁵ Es lo que en general sostienen hoy los entrevistados. Elisa Rando

relativizó la importancia de los acuerdos con dirigentes peronistas, mencionados por otros entrevistados. En su opinión, la sola combinación de la proscripción del peronismo con el prestigio de la figura de Palacios en los sectores obreros, alcanzaba para que triunfara.

²⁶ En la entrevista ya mencionada, J. Constenla se refiere a las diferencias que subyacían en el PSA entre ellos, los «jóvenes iracundos» (así los llamaban los sectores más tradicionales de su propio partido), y los dirigentes más «viejos», A. Palacios, A. Moreau de Justo y otros. Hoy, con tono autocrítico, reflexiona sobre la «extremada dureza» con que ellos –los jóvenes– trataron a aquellos «viejos y honestos socialistas», en contraste con la «flexibilidad» que mostraron con las posiciones –y cambio de posiciones– de muchos dirigentes peronistas.

desde un artículo firmado por David Viñas.

Si bien el triunfo había sido ajustado –el PSA apenas superó al Radicalismo del Pueblo– fue vivido como una gran victoria por toda la izquierda y Ché destacó en sus páginas el carácter multitudinario de las manifestaciones que, en la Capital, celebraron el triunfo vitoreando a Palacios, a Fidel y a Lumumba.²⁷ El entusiasmo se debía, sobre todo, al caudal obtenido en las circunscripciones de fuerte composición obrera y al hecho de que, en varias de ellas, el retroceso del voto en blanco –que de todos modos fue importante–²⁸ se correspondía con un aumento del voto al PSA, tal como ocurrió en Mataderos. Pero también a que, según juzgaban, Palacios había atraído a franjas progresistas provenientes de los «partidos burgueses», ya que ambos radicalismos habían sufrido una reducción en sus respectivos caudales electorales. En «Más allá de la euforia», Carlos Barbé afirmaba que el significado principal de ese triunfo se encontraba en que «por encima del hartazgo que provoca este simulacro de democracia», estaba tomando cuerpo en el país un nucleamiento de izquierda que comenzaba a canalizar a los sectores populares. Y, en clara advertencia a los partidos que habían apoyado la candidatura de Palacios, llamaba a superar la tentación de leer el éxito en clave exclusivamente «partidista» y a abocarse a la tarea de unificar las fuerzas en un «verdadero» Frente.²⁹

Mirado desde el punto de vista de las disputas que atravesaban al PSA, se advierte que la victoria electoral fue leída por las corrientes más radicalizadas, como un triunfo de su propia línea. Las notas de Ché van dibujando el perfil del partido según sus propios términos: proclaman que el Socialismo Argentino ha entrado en una etapa de «abierto enfrentamiento con el sistema», decidida «solidaridad con la Revolución Cubana» y clara «predisposición para el encuentro con los sectores proscriptos» –es decir con peronistas y comunistas–.

Resulta claro que, quienes comparten el proyecto de Ché, miran atentamente hacia las bases y cuadros medios del sindicalismo y hacia la «línea dura» del peronismo; piensan que dichos sectores marchan hacia una situación de «orfandad política» por cuanto sus actuales dirigencias ya no se encontrarían a la altura de la conciencia

²⁷ A.A. Latendorf, «Cuba plebiscitada en Buenos Aires», en: *Ché*, Nº 8, 17/02/1961. Los comicios arrojaron los siguientes resultados: PSA, 21,63 %; UCRP, 21,13%; UCRI, 17 %; en blanco, 15 %; el resto se distribuyó entre partidos menores, entre los que se encontraban los neoperonistas Resistencia Popular, Laborismo y Unión Popular. Por Palacios se habían manifestado públicamente, además del PSA, el PC, el Movimiento Popular Argentino (pequeño partido apoyado por el PC, e integrado por disidentes de la UCRI) y diversos grupos estudiantiles.

²⁸ Según datos del diario *La Nación*, en elecciones para senador en la Capital, el PSA pasó del 8,7% en las de 1960 al 21,63% en éstas, mientras que el voto en blanco lo hizo del 22,1% al 15%. Ver: *La Nación* 02/02/1961 y 14/02/1961.

²⁹ C. Barbé, «Más allá de la euforia», en: *Ché*, Nº 8, 17/02/1961. El

autor dice que el triunfo exige a la izquierda «una consolidada unión de los sectores populares, de manera especial en el ámbito gremial, a efectos de consolidar un amplio nucleamiento nacional cuya acción, militantemente latinoamericana, implique un hábito combativo en todos los órdenes de la vida nacional», y en aparente alusión al PC, critica a quienes quieren construir ese frente teniendo como única coincidencia el apoyo a Cuba: debe estarse prevenido contra «esa proclividad a traspasar declamatoriamente sus problemas a otros campos, que caracteriza a la izquierda liberal, sin encarar en forma consecuente esas mismas postulaciones en su propia casa y, en ese sentido, Cuba es el ejemplo candente de que los movimientos de liberación sólo pueden ser tales si tienen fundamentalmente en mira la idiosincrasia propia del terreno en que se mueven».

y combatividad alcanzada por las masas. E insistentemente señalan que ya habrían comenzado a madurar las condiciones para su unidad con la izquierda, en virtud de que el contenido «netamente clasista» del voto de febrero habría constituido, «de hecho», un «frente» de los sectores populares.

Sostienen, además, que la posición ante la Revolución Cubana ha pasado a ser el verdadero parteaguas de la política nacional y que los votos a Palacios fueron votos para un «programa revolucionario»,³⁰ e insisten machaconamente en que la izquierda argentina debería prevenirse de los peligros del sectarismo que, históricamente, la llevaron al aislamiento. Más aún, que necesitaría librarse de los «vicios de la izquierda liberal» para poder encarar decididamente la construcción de un «Movimiento de Liberación» que, siguiendo el ejemplo de Cuba, se hiciera cargo de la «idiosincrasia del pueblo».

Pese a no ser expresión oficial de ninguno de los dos partidos, las posiciones sustentadas por Ché eran observadas con atención por las respectivas conducciones y por sus sectores más tradicionales. Así por ejemplo, frente a tanto entusiasmo izquierdista, el PC marcó su postura en dos breves notas que E. Giúdice publicó en la revista. En ellas, después de festejar el triunfo de Palacios, este importante dirigente les dice a los jóvenes de Ché que la «unidad de comunistas y socialistas no debería ser reducida a un frente de las izquierdas», sino que tendría que ser situada en un marco más amplio, capaz de incluir tanto a peronistas y radicales desencantados como a sectores «progresistas» de la «burguesía nacional», y que el PC deseaba que la revista fuera un «vehículo» eficaz para esa unidad.³¹ Es que Ché con su tono de enjuiciamiento permanente a la trayectoria de la izquierda en el país, su insistencia en instalar a Cuba en el centro de la política nacional y su lenguaje osado, estaba anticipando tiempos de ruptura. En tal sentido puede leerse la «advertencia» que Viñas dirigió a Palacios, aun antes de que asumiera como senador, recomendándole que al entrar al parlamento no se dejara rodear por los personajes de la derecha que, con el fin de separarlo de la «corriente histórica» que lo había hecho senador, lo halagarían como «mero defensor de la democracia». Porque, dirá Viñas, «los caballeros saludarán en Ud. las formas y las instituciones vacías que los protegen a ellos, y la democracia que Ud. defiende no tiene nada que hacer con la de ellos», para rematar recordándole quiénes lo habían convertido en senador: «no lo olvide, Ud. no ha llegado a ser senador solo; no se quede solo».³²

³⁰ Ver notas 25 y 26. El diario *La Nación*, durante las semanas anterior y posterior a las elecciones, destacó el fervor pro cubano así como la numerosa concurrencia de los actos y manifestaciones del socialismo argentino y algunas de sus consignas: «Fronzizi al paredón», «obreros y estudiantes unidos adelante», «en Cuba los barbudos y aquí los bigotudos». *La Nación*, 04/02/1961, 05/02/1961.

³¹ «El 5 bajo la lupa», entrevista a E. Giúdice, en: *Ché*, N° 8, 17/02/1961, en la que explica su concepción del «frente», y en base a ello, el hecho de que el PC sí bien apoyó la candidatura de Palacios

no hizo lo mismo con el candidato a diputado propuesto por el PSA, el Dr. E. Muñiz; para esa banca votaron al candidato del Movimiento Popular Argentino, que expresaba a «sectores de la pequeña burguesía y de la burguesía nacional». En: «Enmendando la plana», Cartas de los Lectores, *Ché*, N° 9, 09/03/1961, se queja del poco espacio que se dio a sus declaraciones, es decir las del PC, en contraposición con el más amplio brindado a intelectuales «suelos».

³² D. Viñas, «Cuidado con los caballeros, Dr. Palacios», en: *Ché*, N° 8, 17/02/1961.

Pero es evidente que en la revista predominaba el entusiasmo, y P. Giussani lo sintetizó en una frase: «Argentina rumbo a la izquierda». Desde su perspectiva, el triunfo de Palacios no era equiparable a otros obtenidos por la «izquierda institucional» en el pasado: lo nuevo en esta elección eran los «320.000 votos para la Revolución»; votos que le estaban dando dimensión latinoamericana a la vida política nacional y que habían logrado que la derecha se sintiera «amenazada» y que la política argentina marchara hacia la constitución de «dos bandos irreconciliables». Desde una perspectiva similar, el diario *La Nación*, afirmaba que el triunfo del PSA «más que una sorpresa, es una advertencia» pues se estaría ante el nacimiento de un «nuevo movimiento de masas» al que veía con capacidad para dar salida «positiva» al voto en blanco.³³ Dentro de este cuadro general, Giussani señalaría que, en la dirigencia peronista, era posible advertir una «vaga conciencia» de que se acercaba el momento de grandes opciones ya que la derecha, para truncar el acercamiento del peronismo con la izquierda, estaba pronta a ofrecerle la legalidad, es decir la «integración al sistema». Y agregaba que, si los dirigentes optaban por ese camino, correrían el riesgo de perder a las masas ya que éstas se estaban deslizando hacia «otras direcciones políticas», como lo demostraba el voto en Capital.³⁴

Todo tiende a partirse

Una perspectiva similar es la que Ché tenía respecto del resto de las fuerzas populares, incluidas las de la izquierda, ya que consideraba agotados todos los espacios que antes habían permitido intentar políticas populares dentro de un marco de «conciliación con el orden vigente». A partir de la nueva situación, y al mismo tiempo que la derecha estaría asustada ante los signos de izquierdización de la sociedad, en los partidos de izquierda comenzaría a hacerse difícil la convivencia entre quienes pensaban al socialismo como simple «docencia hacia las masas» y aquellos otros que, con ellas, buscaban construir un partido que las llevara al poder. Según Elisa Rando, dirigente del PSA porteño, la «avalancha roja» de la Capital había mostrado que en el país existía una mayoría «anti-imperialista, antioligárquica, proletaria y revolucionaria», y que a la vez, el Socialismo recién había podido expresarla al lograr desprenderse del «reformismo» y avanzar decididamente hacia la construcción del «Frente Obrero», propugnado por el 45º Congreso del partido. En la misma línea, afirmaba que la elección de febrero había sido «el puntapié histórico de los trabajadores al PSD».³⁵

Sin embargo, las fronteras entre una y otra concepción sobre el socialismo no coincidían tan exactamente con las de los dos partidos recientemente escindidos. Tal como puede leerse en más de una nota de Ché –sobre todo a partir de junio de 1961–, en el PSA convivían sectores radicalizados con grupos y dirigentes de la «vieja

³³ *La Nación*, 07/02/1961 y 10/02/1961, dice que el triunfo del «frente popular» –o «fidelismo»– podría generar un «frente anticomunista» y que, si eso ocurriera, se iría hacia una «lucha sin cuartel».

³⁴ P. Giussani, «El fin del minué», en: *Ché*, Nº 9, 09/03/1961.

³⁵ E. Rando, «Socialismo argentino y socialismo democrático», en: *La Respuesta de la Semana*, *Ché*, Nº 9, 09/03/1961.

escuela» que –como el mismo Palacios–, estaban mucho menos dispuestos que las franjas juveniles a dar el salto que significaba la adopción de una estrategia revolucionaria y una política de unidad con peronistas y comunistas. Según los testimonios recogidos, el distanciamiento entre Palacios y los jóvenes que habían impulsado su candidatura, comenzó bastante rápidamente ya que el flamante senador, además de espaciar y suavizar sus referencias a Cuba revolucionaria, eludía ser identificado públicamente con ellos.³⁶

La revista mantuvo silencio sobre esta situación, pero de manera inversa a lo que antes había hecho, no dio ningún espacio a Palacios en sus páginas. La ruptura estalló a mediados de ese mismo año 1961, cuando al renovarse las autoridades partidarias en el PSA, los «jóvenes iracundos» obtuvieron la mayor parte de los cargos de dirección, desplazando de ese lugar al sector más tradicional –dentro del cual estaba Palacios–. Entonces, los «vencidos» precipitaron la división del Socialismo Argentino al desconocer los resultados y ocupar por la fuerza los locales partidarios.³⁷

A partir de entonces Ché descargó con toda dureza sus críticas a Palacios, a la par que incrementó notablemente el tono radical de sus definiciones. Menos de cuatro meses habían transcurrido entre la euforia de febrero y la publicación de la «carta abierta» en la que A.A. Latendorf afirmara, refiriéndose a Palacios, «el mito se rompió». Acusado de complicidad con el «golpe de estado» partidario, Palacios habría dejado al descubierto que su discurso anti-imperialista era sólo un barniz y que ya nada lo diferenciaba de los «liberales y reformistas» que, dentro del partido, se oponían al «Frente Obrero». En una página que exuda dolor y desengaño, pero que no renuncia al tono desafiante, Latendorf afirma que «es casi un alivio haber perdido a todos los viejos maestros» y poder reconocerse sólo en «otros jóvenes» que, como Fidel, Raúl y Guevara, son sus «iguales». A ellos, dirá Latendorf, «no necesitamos llamarlos doctor, simplemente les decimos che»,³⁸ exacerbando el tono «juvenilista» que impregnaba a la revista.

Ya entonces, el grupo socialista originario de la revista era parte activa del proceso que desembocaría en la constitución del Partido Socialista de Vanguardia. Durante ese período Ché potenció su discurso radical e incrementó notablemente las notas referidas a Cuba –destacándose las remitidas desde La Habana por J.C. Portantiero y por el sacerdote Hernán Benítez–³⁹ así como la extensa cobertura brindada a la Conferencia de Punta del Este. Esta segunda «instalación» de la cuestión cubana se

³⁶ P. Giussani, «Don», en: *Ché*, N° 15, 02/06/1961. J. Constenla, en entrevista ya mencionada, relata cómo Palacios eludió a *Ché* en su visita a los presos políticos, y en cambio se hizo acompañar por reporteros de *La Nación*. Una velada alusión a este primer incidente puede apreciarse en: «La primera negativa», *Ché*, N° 8, 17/02/1961, en la que se hace la crónica de ese episodio.

³⁷ P. Giussani, «Don», y A.A. Latendorf, «Me despido de Ud. muy atentamente, Dr. Palacios», en: *Ché*, N° 15, 02/06/1961. Sobre las divisiones del socialismo ver nota 5.

³⁸ A.A. Latendorf, ídem. En la revista es muy notoria la exaltación del rol de los jóvenes como impulsores, y casi garantes, del avance de un proceso revolucionario.

³⁹ J.C. Portantiero, «Qué es Cuba socialista?», en: *Ché*, N° 18, 13/07/1961; H. Benítez, «Definición católica sobre Cuba», y J.C. Portantiero, «Detenerse es retroceder. Con el Che y Raúl en Santiago de Cuba», ambas en: *Ché*, N° 19, 27/07/1961. El sacerdote Hernán Benítez, que había sido confesor de Eva Perón, estaba vinculado con los sectores peronistas «duros» –o de «izquierda»–.

produjo a partir del Nº 12 de *Ché* –en abril de 1961–, cuando aún en plena euforia por el triunfo de Palacios, se produjo en Cuba el desembarco de Bahía Cochinos que dio comienzo a la invasión militar patrocinada por el gobierno de los EEUU. Crónicas, entrevistas, proclamas del gobierno cubano, y una verdadera profusión de fotos del Ejército Rebelde y de las Milicias Populares, llenarán entonces las páginas de la revista⁴⁰ hasta el Nº 22, en el que culmina la cobertura de la Conferencia de Punta del Este, centrada en las intervenciones de Guevara y en la crítica a la «Alianza para el Progreso».⁴¹

Más allá de la cerrada defensa del proceso cubano y la euforia ante la «primera derrota del imperialismo yanqui en América Latina», en esas notas adquieren presencia algunos temas de singular importancia para los debates que comenzaban a desarrollarse en el campo de la izquierda, tales como el de las «vías» para acceder al poder, el lugar asignable a los mecanismos electorales, el carácter y las etapas de la revolución en países periféricos y el valor y los límites de la democracia «formal». Así, en «Qué es Cuba socialista», se muestra la acelerada sucesión de las «etapas» –propugnadas por la ortodoxia comunista– cuando el cronista dice que «hay una Cuba de la liberación en 1959; otra de la reforma agraria en 1960; y una Cuba más: una Cuba socialista que define su rostro en el contraataque a la invasión»,⁴² o cuando Raúl Castro afirma que con la reforma agraria cruzaron «el Rubicón», y que si bien nunca quisieron «media revolución», no habían calculado «que lo harían en tan poco tiempo».⁴³ Pero será J.W. Cooke quien dará un paso más allá cuando diga, en un reportaje, que «la liberación nacional y la revolución social son la misma cosa», adelantando así su crítica a la política «reformista» del PCA, desarrollada en un informe escrito en ese mismo año 1961, destinado a Fidel Castro y que recién será publicado en nuestro país en 1973.⁴⁴

Pero, paralelamente a este desarrollo de la cuestión cubana –«la coincidencia más fácil», según los testimonios–, socialistas y comunistas encontraban crecientes dificultades para ponerse de acuerdo en los temas de política nacional, en particular en lo atinente al complejo panorama de líneas internas que cruzaban al peronismo. Según relata J. Constenla, los acuerdos se tornaron más difíciles cuando, ante las elecciones a celebrarse en diciembre de 1961 en la Provincia de Santa Fe, comunistas y socialistas se

⁴⁰ *Ché*, Nº 12, 13, 14 y 15 de abril a junio de 1961.

⁴¹ *Ché*, Nº 20, 21 y 22, de agosto y septiembre de 1961.

⁴² J.C. Portantiero, «Qué es Cuba socialista», en: *Ché*, Nº 18, 13/07/1961.

⁴³ J.C. Portantiero, «Cuba: detenerse es retroceder» (entrevista con Raúl Castro y el Che Guevara), *Ché*, Nº 19.

⁴⁴ «Reportaje a J. W. Cooke», *Ché*, Nº 22, 08/09/1961. La revista *Pasado y Presente*, Nº 2/3 (nueva serie), julio /diciembre de 1973, publicó por primera vez en el país el documento de J. W. Cooke «Aportes a la crítica del reformismo en la Argentina», en el cual además de sus críticas al PC, se dirige a sectores del peronismo que «no comprenden que los procedimientos de 1945 tampoco sirven

ahora para nosotros».

⁴⁵ A las elecciones realizadas en Santa Fe el 17/12/1961, el peronismo concurrió dividido: una parte votó por la fórmula para la gobernación Grecca-Quiroga, del Partido Tres Banderas, y la otra por Tarrico-Abraham, del Partido Laborista (apoyado por las «62»). El PC propició la fórmula del Partido del Trabajo y del Progreso, cuyo candidato fue el ex vicepresidente A. Gómez; el PSA-Secretaría Visconti presentó a éste como candidato, mientras que el otro sector del Socialismo Argentino (en el que se ubicaban los socialistas de la revista *Ché*) apoyó la fórmula del Partido Laborista. Las elecciones fueron ganadas por la UCRI, seguida por el Laborismo. Ver: *La Nación*, 24/12/1961.

disponían a apoyar opciones diferentes.⁴⁵ Entonces, el proyecto compartido comenzó a tocar sus límites y, de acuerdo con el mismo relato, la imposibilidad del grupo editor de mantener los acuerdos iniciales, decidió a su director –P. Giussani– a programar un número especialmente «petardista». Así, el N° 27 de *Ché* realizó una crónica «belicosa» del paro decretado por la CGT y de la violenta represión desatada por el gobierno de Frondizi. En particular el artículo titulado «Ya no puede haber huelgas lampiñas», precipitó su clausura por orden del Ministerio del Interior.⁴⁶

Con posterioridad, el grupo se dispersó más o menos rápidamente, a raíz de las ya mencionadas diferencias⁴⁷ y de las dificultades económicas que se hicieron insalvables cuando el PC retiró su apoyo económico.⁴⁸

En tan sólo un año de existencia de *Ché*, los socialistas y comunistas que la animaron parecieron transitar aceleradamente el camino que los conduciría al definitivo distanciamiento de los partidos de los cuales provenían. La vertiginosidad de los episodios que rodearon la cuestión de Palacios senador, resulta ilustrativo del acortamiento de los tiempos y de las urgencias que dominaban a aquella franja de la militancia de izquierda. El nuevo ciclo de divisiones que protagonizarán los socialistas, y la lenta pero persistente sangría de militantes que sufrirá el PC a partir de 1962-63, puede ser visto como fruto de la impaciencia de esos jóvenes ante la falta de renovación de sus partidos, pero también como efecto del no lineal desarrollo del peronismo hacia la izquierda, en el cual tenían cifrada buena parte de sus esperanzas.

⁴⁶ *Ché*, N° 27, 17/11/1961. El artículo, firmado por J. Constenla, reseña el paro general de 72 horas decretado por la CGT los días 7, 8 y 9 de noviembre de 1961, vinculado con el largo conflicto de los obreros ferroviarios. Se describen el despliegue represivo y los enfrentamientos producidos en Tucumán, Rosario, Mendoza así como el hecho de que tropas militares habían custodiado los accesos a la Capital y que en Tucumán se empleó a la aviación para dispersar a los manifestantes. Se destaca la gran cantidad de huelguistas que fueron detenidos –muchos de ellos recluidos en barcos– así como el encarcelamiento de dirigentes políticos entre los que se contaron E. Rando –PSA–, Alcira de la Peña –PC–, Emilia Aruy –Consejo Coordinador del Partido Peronista–. *Ché* se felicita por los rasgos de «belicoidad» que exhibió esta huelga: «Se acabaron los paros chirles y silenciosos, largos, secos y temblones. Las huelgas son modos de dar batalla. Ahora a las huelgas les desputa el bozo.

Puede convertirse en barba. Tal vez sea necesario».

⁴⁷ Entrevistas a J. Constenla y a E. Rando, ya mencionadas. E. Rando agrega que la posición a asumir frente al peronismo causaba divisiones entre los mismos socialistas argentinos, ya que mientras algunos pensaban en el «trabajo conjunto» otros creían que había que «integrarse» a él, tal como se evidenció en las elecciones de Santa Fe.

⁴⁸ *Ché*, N° 1, 15/05/1962; N° 2, 07/06/1962; N° 3, 08/07/1962, correspondientes a su «segunda época». Algunos títulos, además de una gráfica notablemente rudimentaria, ilustran sobre el cambio producido en la revista: «Juntar la bronca», «Adiós a la urnas», «No arriar las banderas del 17». Por otra parte ninguno de sus artículos aparece firmado y no conserva las características de revista «independiente»; del estilo político osado se pasó a un lenguaje predominantemente panfletario y abiertamente pro peronista.

Bibliografía

ALTAMIRANO, C. (2001): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*, Buenos Aires, Ariel.

BLANCO, C. (2000): «El Partido Socialista en los 60: enfrentamientos, reagrupamientos y rupturas», en: *Cuadernos del CISH*, N° 7, La Plata, UNLP.

CAVAROZZI, M. (1979): *Sindicatos y política en Argentina. 1955-1958*, Buenos Aires, Cedes.

GARCÍA, A. y FERNÁNDEZ VIDAL, M. (1995): «Pirí», Buenos Aires, Ediciones de la Flor.

GODIO, J. (1991): *El movimiento obrero argentino. 1955-1990*, Buenos Aires, Legasa.

JAMES, D. (1991): *Resistencia e integración*, Buenos Aires, Sudamericana.

KOHAN, N. (1999): *La Rosa Blindada. Una pasión de los 60*, Buenos Aires, Ediciones La Rosa Blindada.

ROT, G. (2000): *Los orígenes perdidos de la guerrilla en la Argentina*, Buenos Aires, El cielo por asalto, 2000.

SMULOVITZ, C. (1990): *En busca de la fórmula perdida: Argentina 1955-1966*, Buenos Aires, Documentos Cedes/51, Buenos Aires, Cedes.

TERÁN, O. (1991): *Nuestros años sesentas*, Buenos Aires, Puntosur.

TORTTI, M. C. (1999a): «Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional», en: Pucciarelli, A. (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires, Eudeba.

TORTTI, M. C. (1999b): «Izquierda y nueva izquierda en Argentina. El caso del Partido Comunista», en: *Cuadernos del CISH*, N° 6, La Plata, UNLP.

Registro bibliográfico

TORTTI, MARÍA CRISTINA

«La nueva izquierda a principios de los '60: socialistas y comunistas en la revista *Ché*», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XII, N° 22-23, Santa Fe, Argentina, Universidad Nacional del Litoral, 2002 (pp. 145-162).

Descriptorios · Describers

izquierda / nueva izquierda / radicalización / peronismo / socialismo · / comunismo / reformismo / revolución / anti-imperialismo

left / new left / radicalization / peronism / socialism / comunism / reformismo / revolution / anti-imperialism